LA VALIENTE ESPINELA.



NUEVA RELACION Y CURIOSO ROMANCE,

en que se declara y da cuenta de lo que sucedió á esta doncella.

El sol detenga sus rayos,
y la luna su luz bella:
caduque el mar con sus olas,
y estremézcase la tierra.
Paren los cuatro elementos
en su rutilante esfera,
pues de mí no estan seguros
hasta los siete planetas.
Oigan, pues, con atencion
de una muger la firmeza,
de una vívora el veneno;
y de una sierpe lo adversa.
Yo nací dentro de Ronda;
y llevándome á la iglesia
en el sagrado Bautismo
me pusieron Espinela.
Siendo pues en mis principios
tan altiva y tan soberbia,
que ninguno me la hacia
que con ella se me fuera;
y mis padres con amor
me pusieron á la escuela,
y en breve tiempo aprendí
á leer y escribir, que es ciencia
para una muger bastante
si bien se aprovecha de ella.
Apenas tuve tres lustros
cuando la parca sangrienta
quitó á mis padres la vida,
quedándome tan resuelta,

que de mi furor temblaban
muchos en la ciudad misma.
Aprendí á jugar las armas
con tal valor y destreza,
que á pocos dias salí
como el maestro maestra.
Y la causa de mi vida
tan abominable y fea
la diré, porque es muy justo,
que todo el mundo lo sepa.
Vivia junto á mi casa,
de lindo cuerpo y presencia,
un hijo de un caballero
llamado Fabian Herrera.
Gustaba mucho de hablarme,
y que le correspondiera;
mas como dice el adagio:
las burlas vienen á veras.
Robòme su amor el alma,
y yo viéndome sin ella,
le dije si me queria
por esposa, y la respuesta
que me diò, que no igualaba
en calidad ni en hacienda,
y que me fuese con Dios
á mi casa en hora buena,
que ya tenia su gusto
en dama de mas nobleza.
Obedecí su mandato,
y cual leona sangrienta
troqué el amor en rigores,
y en veneno las finezas.
Entré en mi casa furiosa,
aguardando que viniera
la noche para vengar
de mi enojo la soberbia:
me puse un calzon de ante,
con una media de seda,
y un coleto de mi padre
(que Dios en la gloria tenga),
y armada de punta en blanco,
tomé la espada y rodela,
y con una carabina
bajé veloz á la puerta:
víle que estaba en la calle
hablando por una reja
con cierta dama, y llegando,
le dije de esta manera:
infame sin atenciones,
¿cómo atrevido desprecias
el honor de mi linage,
sabiendo que soy tan buena
como cuantas puede haber?
y así yo vengo resuelta
á que me quites la vida
ó he de quedar satisfecha;
ea, cobarde, ¿á qué aguardas?
y el mozo puesto en defensa
se defendia bizarro,
pero poco le aprovecha,
que con cuatro ó cinco heridas
cayó mortal en la tierra.
Alborotóse la dama
al ver su esperanza muerta;
pero de un carabinazo
cayó como una cordera.
Vino al punto la justicia,
mas yo como una saeta
me sali bien prevenida
á la ciudad de Antequera;
este fué el primer motivo
para dejar á mi tierra;
para olvidar á mi patria,
tan poderosa y amena.
Llegué á la ilustre Granada,
fertil, pais de Amaltea.
donde estuve algunos dias
gozando la primavera.
Dejé mi nombre y me puse
Raimundo, por Espinela,
siendo pues por mi valor
respetada donde quiera.
Senté plaza de soldado
y en el presidio de Ceuta,
estuve catorce meses
en la militante escuela.
Y un dia de San Francisco,
no sé sobre qué pendencia,
quité la vida á un paisano;
mas fué mi suerte tan buena,
y mi dicha, que no quiso
que nadie me descubriera.
Pocos dias se pasaron
cuando la fortuna adversa
me condujo en un barquillo
á la ciudad de Marbella,

con un capitan que iba
á ver su casa y hacienda.
Desembarquéme, y estando
una tarde en la Alameda
divertida con el juego
de trucos en una mesa,
no me acuerdo sobre qué
se fundó una escarapela,
que eran seis contra mí sola:
aquí me obligó la fuerza
de la razon, á sacar
los instrumentos de guerra,
y á las primeras andanzas
cayeron los tres en tierra,
y los demas escaparon,
que sino lo mismo fuera.
Llegué á Málaga, y un dia
estando en la calle Nueva
con un mercader, llegó
(que el diablo todo lo enreda)
un ministro y me pregunta,
¿que de qué parage era?
respondíle ¿qué le importa?
y sobre esta pendencia
me dijo que me pondria
en un cepo de cabeza;
alcé la mano furiosa,
y en mitad de la mollera
le dí un golpe, y se quedó
bailando la pataleta;
á cuyo tiempo llegó
la justicia, y me amonesta
que me entregue á la prision
por voluntad ó por fuerza.
Díjeles que no queria,
y sacando mi vihuela
comenzamos á danzar
una jícara de cuenta:
dí la muerte á un alguacil
porque atrevido se arresta
á prenderme; pero fué
en vano su diligencia.
Y á un escribano tambien
le alcancé con violencia
una estocada, y tomó
el suelo por cabecera.
En verdad que no pensé
salir bien de esta refriega,
sino es por un estremeño
que compasivo se llega
á guardarme las espaldas,
y yo de cólera ciega
á cual derribo, á cual mato,
y finalmente hice puerta
para escaparme y salir
con tres heridas pequeñas.
El valeroso Alejandro
me siguió, y en una cueva
pasamos aquella noche,
y antes que el alba viniera
un barquichuelo nos lleva
al puerto de Solobreña,
corriendo las Alpujarras,
y en la villa de Alcolea
nos hallamos sin dinero,
ni cosa que lo valiera.
Entramos en una casa
y á una señora de prendas,
con una industria muy rara,
la quitamos en moneda
hasta cuatro mil ducados,
que no fué muy mala presa.
Campamos algunos dias
haciendo tantas vilezas,
que todo nuestro cuidado
era espulgar faldriqueras.
A Cartagena volvimos,
y á una pobre tabernera
la quitamos cien ducados
dejándola medio muerta.
Llegamos á Montejucar,
y en lo alto de la sierra
hallamos á un sacerdote
que pasaba en una yegua
caballero, y lo metimos
en lo áspero de una breña;
al tiempo de registrarle
compasivo se lamenta,
diciendo: no me mateis,
amigos, que yo quisiera
traer á vuestro servicio
de este mundo la riqueza:
veis aquí dos mil ducados,
y en pago de su fineza
lo dejamos maniatado
sin ninguna resistencia.

En el monte de Archidona
cogimos una calesa
con un caballero noble
y una señora discreta,
lleguéme á él y le dije:
baje usted al punto á tierra,
que quiero que me confiese
el oro y plata que lleva.
Sacó al punto una pistola;
para tirarme con ella,
mas no quiso la fortuna
que diese lumbre la piedra,
y arrojándome atrevida
con inhumana fiereza
le dí cinco puñaladas;
y la señora se queda
viendo la triste desgracia
mas pálida que la cera,
que podrian sus suspiros
ablandar las duras peñas.
Enternecióme su llanto,
y mi compañero llega
á despojarla, mas yo
le dije que no lo hiciera:
y volviendo al caballero,
le hallamos en la maleta
ochenta y cuatro doblones
con mas de ciento y cincuenta
ducados en calderilla,
con alguna plata entre ella.
Recogímoslo, y al punto
caminando á toda priesa
entramos en Riogordo,
y la justicia que llega,
donde sin poder valernos
nos aprisionan y cercan
en un meson, y entonces
mi compañero intenta
defenderse, mas no pudo
porque el pecho le atraviesan
con el trabuco, y yo sola
hice tanta resistencia,
que para prenderme hubo
muertos y heridos cincuenta.
Finalmente me apresaron,
y maniatada me llevan
á la ciudad de Granada,
donde la justicia recta
castiga haciendo justicia,
para que tomen enmienda.
Sacáronme á la visita,
y yo puesta en la presencia
de tantos señores nobles
que mandan, rigen, gobiernan,
confesé todas mis culpas
como referidas quedan,
y postrada de rodillas
les dige de esta manera:
señores, yo soy muger,
y mi nombre es Espinela,
de esclarecido linage:
con que la sala se queda
suspensa; mas luego al punto
me leyeron la sentencia
de que pague en un garrote
las cometidas ofensas,
y pasados los tres dias,
á voz de pregon me llevan
hasta la plaza Mayor
donde la muerte me espera,
y ya puesta en el suplicio
pidiendo al Señor clemencia,
invoqué à la Vírgen pura
diciéndola: sacra Reina,
Madre de misericordia
dulce y abogada nuestra,
suplicadle á vuestro Hijo,
que por su amor me conceda
el perdon de mis pecados....
Esto dijo, y con violencia
llegó la homicida parca,
y el cuerpo sin alma queda.
Escarmentad, pecadores,
mugeres, vivid alerta,
que quien anda en malos pasos
este es el fin que le espera.

FIN.

Madrid: **1849.**=*Impta. de D. J. Marés, calle de Relatores, núm.* **17.**